

## QUINCE MIL CAÍDOS SIN HISTORIA

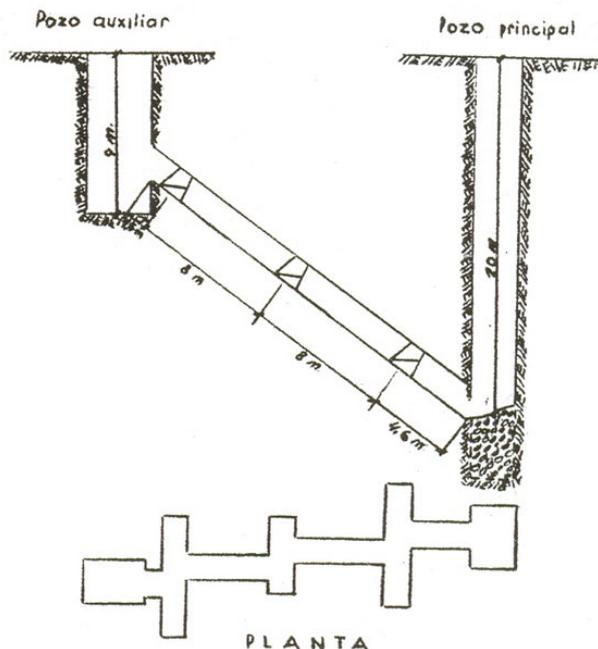
No pretendemos con este reportaje remover viejas heridas ni resucitar odios quizá apagados. Nuestra única motivación ha sido la de hacer honor a unos miles de españoles caídos por su patria víctimas del terror marxista, y a quienes la historia no ha dado en sus páginas la cabida que merecen.

**Antonio Montealegre**, delegado de Fuerza Joven en Alcázar de San Juan, fue quien nos puso sobre la pista. Él nos proporcionó los informes realizados por expertos, así como los resultantes de sus estudios sobre el tema. Igualmente fue quien nos puso en contacto con las personas que nos podían dar información. Junto a él, todo fueron puertas abiertas. Pro eso queremos agradecerle su colaboración, sin la cual este reportaje quizá no hubiera visto nunca la luz.

Aproximadamente a la altura del kilómetro 131 de la carretera Madrid-Cádiz, y a unos dos de la misma en dirección oeste, dentro del término municipal de Camuñas, en la provincia de Toledo, se encuentra la mina conocida como “*El Quijote*”. Se halla situada en la finca “*Las Cabezuelas*”; por ello, muchas personas la conocen también por ese nombre.

En la ladera de una colina rodeada de viñedos está la mina, que se abrió tiempo atrás con la intención de buscar plomo, y cuyo cometido en el transcurso de nuestra guerra, fue muy distinto de aquel. A partir de los primeros días de la contienda, las milicias rojas comenzaron a utilizar la sima para arrojar en ella a todas aquellas personas que podían resultarle molestas, aunque no tuvieran significación política. El simple hecho de ir a misa podía ser un buen motivo para terminar en la fosa.

Allí eran arrojados hombres, mujeres (algunas, embarazadas), ancianos y niños. En algunas ocasiones se arrojaban los cadáveres de los asesinados por los milicianos; en otros casos, ni se tomaban la molestia de matarlos y les echaban vivos.



Como antes decíamos, los historiadores se han ocupado poco del tema, aunque algunos lo tocasen de pasada, como en el caso de Hugh Thomas, en su libro “La guerra civil española”, uno de cuyos párrafos dice:

*“... En Alcázar de San Juan, a un joven que se distinguía por su piedad le arrancaron los ojos. En la provincia de Ciudad Real, los crímenes fueron realmente atroces. A la madre de dos jesuitas le obligaron a tragarse un crucifijo. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos, como si se tratara del momento de una corrida. Luego venían los gritos de “Libertad”, “Muera el fascismo”. Más de un sacerdote se volvió loco ante estas atrocidades”.*

Hugh Tomas se refiere en estas líneas a una de las partidas de personas que allí eran arrojadas. Lo que puede dar una idea de las que, durante el transcurso de toda la guerra, pudieron correr la misma suerte. De los informes realizados y de los testimonios obtenidos de personas que lo vivieron, hemos podido calcular un número aproximado de 15.000, ya que no solo eran arrojados a la mina los habitantes de los alrededores, sino que pudimos comprobar eran traídos camiones de Sevilla, Córdoba y otras provincias andaluzas, así como de Madrid y provincia, más otras muchas zonas de España.

Poco antes de finalizar la guerra, al pozo se arrojaron tres camiones de cal viva, quedando los restos sepultados. Todos los documentos sobre el tema fueron destruidos.

### **El informe de 1962**

En 1962 un grupo de expertos en minas, a las órdenes del ingeniero José Granados Moreno, bajó al interior de la sima por iniciativa del dueño de la finca, Antonio Rodríguez, cuyo padre se encuentra sepultado en ella. El objetivo era realizar un presupuesto de lo que costaría extraer los restos para un posible traslado al Valle de los Caídos.

Reproducimos a continuación, algunas de las partes del informe resultante de aquella exploración, lo que nos ayudará a hacernos una composición de lugar:

*“Antes de iniciar el reconocimiento se procedió a medir la profundidad del pozo, aprovechando que habían sido separadas dos de las cuatro losas de granito que lo cubren (habían sido colocadas por los hijos de los caídos, para tapar la entrada del pozo) y habían abierto un boquete de unos 50 centímetros de diámetro en la bóveda que hay debajo de las losas.*

*La profundidad de este pozo, al cual llamaremos principal, es de 20 metros desde la boca a los escombros que cubren la calderilla. Sus medidas*

*son 3,5 x 2,5 metros. A unos 18 metros del pozo principal existe otro, al que llamaremos auxiliar, el cual también se encontraba tapado por una bóveda, pero en la cual se había abierto un espacio de 2,5 x 2 metros.*

*Se procedió a medir su profundidad y nos dio una distancia de nueve metros desde la boca al fondo. Este pozo auxiliar se comunica con el principal por medio de una galería en rampa, que forma una línea quebrada”.*

Más adelante decía el informe:

*“Se ha podido comprobar que, bajo los escombros, el pozo principal continúa su profundidad, aunque no podemos asegurar cuántos metros podrá tener. Se abrió un roza de unos 0,60 metros de profundidad en la parte más baja de los escombros del pozo principal y se han hallado vestigios de cal, sin poder asegurar si ésta procede de la que arrojaron sobre los cadáveres o es procedente de las obras realizadas posteriormente, aunque por la cantidad observada, es de suponer que se trata de la que cubre los cadáveres”.*

Tras el informe se incluía el presupuesto para la extracción de los restos, que ascendía a 33.033,55 pesetas. No hemos podido precisar los motivos por los que no se llevó entonces a cabo.

En la actualidad, el pozo principal sigue cubierto por las losas; no así el auxiliar, que se encuentra abierto. Una cruz de madera colocada por nuestros militantes y otra de piedra, que colocara la sobrina de uno de los caídos, completan, junto con los pozos, el escenario.

### **Hasta las piedras temblaban**

A partir de este momento, quisimos conocer el testimonio vivo de los familiares de los asesinados, y nos desplazamos al pueblo de Herencia, donde tomamos contacto, en primer lugar, con Carmen Conde, militante de nuestro movimiento, quien nos contaría algunas de las crueles anécdotas que en aquellos días se produjeron:

*“Un sacerdote, al que obligaron a ver cómo arrojaban a las personas al pozo, vomitó de horror. Cuando le arrojaron a él, se agarró a uno de los milicianos, llevándose consigo al fondo de la sima. A Concha Millana, “La Millanilla”, tras afeitarla y tenerla un tiempo de sirvienta, la arrojaron al pozo al grito de “Ahí os mandamos una cocinera”.*

Poco después tuvimos la ocasión de hablar con Antonio Rodríguez, propietario de la finca “Las Cabezuelas”, y cuyo padre, como antes dijimos, se halla sepultado en la mina. Él nos contó que recuerda cómo allí eran llevadas gentes no solo de los alrededores, sino de toda España.

*“Para que os hagáis unan idea de la profundidad del pozo, os contaré que de pequeño jugaba con mis hermanos a tirar piedras, y el sonido se perdía sin oírlas llegar al fondo. Para hacer sitio a nuevas víctimas, cuando el pozo se llenaba, lo rociaban con gasolina y lo prendían fuego. Ya en agosto del 36 recuerdo la primera hoguera, que duraría varios días. Apenas acabar la guerra, un peón caminero me contó que allí había miles de cadáveres cubiertos con cal”.*

Antonio nos cuenta igualmente algunos de los hechos que acaecieron por aquel entonces.

*“Alfredo González fue uno de los pocos que pudieron huir cuando le iban a tirar, pero luego fue denunciado por la mayorala de la casa “Los Machos”, donde se refugió, y le cogieron. Nadie pudo salvarle entonces y fue arrojado a la sima. En cambio, su hermano Manolo tuvo mejor suerte y, tras escapar, pudo esconderse sin que le encontraran. Todavía hoy vive. Recuerdo otro caso que fue muy comentado. Al sacerdote Antonio que se agarró a uno de los milicianos y se lo llevaba con él hacia el fondo, le cortaron las manos para que lo soltara”.*

Continuando con nuestras indagaciones, nos acercamos al Ayuntamiento de Herencia, por si quedase algún documento o escrito de la época que pudiera resultarnos de utilidad. Allí nos encontramos con Emilio Osuna, quien nos contó que su padre también había sido arrojado a la mina tras tenerle cuarenta y ocho horas detenido.

*“Puedo asegurar que solo de Herencia hay más de cincuenta personas sepultadas”.*

Posteriormente nos encontramos con Enrique González, hermano de Alfredo y Manolo. Él nos dijo que había perdido a su padre y cuatro hermanos asesinados por los milicianos. Luego, nos contaría la fuga de su hermano Manolo, la cual vamos a relatar como la única pequeña historia que tendría un feliz final en medio de tantos horrores.

*“A Manolo le llevaban junto a otro, un tal Jesús Rodríguez. Les habían dicho que les llevaban a Ciudad Real, pero cogieron el camino de la mina; entonces Manolo se dio cuenta del peligro y se situó en el borde del asiento, agarrando la manecilla de la puerta; al ir a desviarse, y aprovechando que el vehículo redujo la velocidad, se tiró afuera de cabeza y huyó corriendo; le tirotearon alcanzándole en una pierna y en la espalda, pero a pesar de ello, logró esconderse en el campo. Más tarde, y después de pasar varios días escondido, llegó a Herencia, donde permaneció oculto hasta el verano de 1937 en que, tras otras muchas vicisitudes, logró llegar a Madrid, donde permaneció conmigo hasta su incorporación a filas. Aparte de esto, solo puedo decirte una*

*cosa: que en Herencia, cuando el sol se ponía, hasta las piedras temblaban de los horrores que en la mina se cometieron”.*

Mercedes Rodríguez Montes es una mujer española ciento por ciento, y entusiasta incondicional de Blas Piñar. Ella nos contaría algunos de los casos de los que en aquellos días sucedieron. Con lágrimas en los ojos, recordaba la triste muerte de Aurelio Rodríguez, un carretero al que fueron a buscar a su casa y tirotearon en la cama. Su mujer, Úbeda Bolaños, se agarró a él, siendo también herida. A ambos les metieron en un camión y les llevaron a la mina, donde les arrojaron juntos; ella estaba todavía viva.

*“Al cura Tapia le llevaron a la sima. Él bendijo a los que habían de ser sus verdugos. Después le arrojaron vivo. A Ismael Moreno, que no podía levantarse de la cama, le cosieron a balazos. Su mujer tuvo que apagar las ropas del lecho, que ardían de los tiros. A mi tío Vicente, que se subió al tejado porque le acosaban, le acribillaron a tiros y luego le echaron a la mina”.*

Mercedes nos acompañó a casa de su amiga Encarnación Álvarez, señora de edad, que también vivió las atrocidades de la guerra. Allí encontramos a Aurelio Rodríguez, quien después nos proporcionaría la fotografía de los caídos en Herencia, y que reproducimos junto a estas líneas. Ellos nos relatarían otras historias de las que en aquellos días se produjeron.

*“A Jesús Rodríguez y otro grupo les cogieron en sus casas; luego, les llevaron a una cueva que había en un monasterio y allí les torturaron hasta hartarse. Después les llevaron a la mina y allí les arrojaron, a unos muertos y a otros vivos. A Victoriano Rodríguez le emparedaron; a Emilio García le mataron en plena calle; a Moisés Beteta le asesinaron en el camino delante de unos niños, y como estas podríamos contarte cien historias, que no llegarían a dar ni siquiera una mínima idea de los horrores que aquí se cometieron”.*

Del mismo modo que en Herencia, en el pueblo de Camuñas otras muchas personas se brindaron a recordar para nosotros, las matanzas de los milicianos. Sería imposible reproducirlas todas. Antonio Romero, delegado de Fuerza nueva, nos contó la historia de Emilio Martín, al que mataron en la carretera, y la de Roso Gallego, al que asesinaron en la calle, arrojando ambos cadáveres en la mina. Pero, como decimos, sería imposible por razones de tiempo y espacio relatar todos los casos que, como los citados, nos contaban las personas que los vivieron.

Lo que sí queremos hacer constar, como dato y prueba de primera magnitud, es el hallazgo de Antonio Oliva, que algún tiempo después de finalizada la guerra, encontró junto a los pozos de la mina, gran número de casquillos, así como un proyectil chafado pegado a un trozo de camisa azul.

## **Que no caiga en el olvido**

Y hasta aquí la historia. Como afirmábamos anteriormente, más de 15.000 compatriotas que murieron con el nombre de Dios en los labios y el de España en el corazón, reposan en la mina “*El Quijote*”.

Nosotros hemos querido sacar su pequeña gran historia a la luz. Es hora, pues, de que los españoles de bien rindan a sus camaradas caídos el homenaje que se merecen, y que su sacrificio no permanezca en el olvido, sepultados entre viñedos y escoltados por una sencilla cruz de madera.

Desde estas líneas brindamos la idea que nosotros consideramos urgente de realizar, con los medios que sean, un monumento en el lugar, o bien que los restos sean extraídos de allí y trasladados al Valle de los Caídos.

El estudio sobre los sucesos no termina aquí. Antonio Montealegre quiere continuar la investigación y nos ha pedido que desde estas páginas, hagamos una llamada a todos aquellos que quieran colaborar con él. Todas aquellas personas que sepan de familiares suyos que puedan encontrarse en este pozo, pueden ponerse en contacto con Antonio, escribiendo a Alcázar de San Juan, a la calle Miguel Barroso, 7. Igualmente, de existir un grupo de espeleólogos y biólogos que estuvieran dispuestos a bajar a la sima, deben contactar con Antonio en esa misma dirección.

Por nuestra parte, queda hecho todo lo que podíamos hacer, pero estamos seguros que este reportaje movilizará a los españoles de honor, que sienten respeto por los muertos y recuerdan con orgullo a sus caídos.

A la hora de poner fin a estas líneas, no se nos plantea ninguna duda de cómo deben terminar:

*¡Caídos en la mina “El Quijote”, presentes!*

**JOSÉ MARÍA IGLESIAS**

Publicado en la revista *Fuerza Nueva*, 26.1.1980